

## LA CIUDAD Y LOS PERROS: LA MIRADA URUGUAYA DE HACE MEDIO SIGLO

Wilfredo Penco

Después de haber iniciado ocho años atrás, en 2004, la colección conmemorativa de la Asociación que reúne las 22 academias de la lengua española en el mundo, con la edición de *El Quijote*, a la que siguieron las de *Cien años de Soledad* de Gabriel García Márquez, en 2007, *La región más transparente* de Carlos Fuentes en 2008, *Antología general* de Pablo Neruda y *Antología. Verso y prosa* de Gabriela Mistral, ambas en 2010, ahora entra en circulación, en el mismo marco, *La ciudad y los perros* de Mario Vargas Llosa con motivo de cumplirse los cincuenta años de lo que podríamos llamar su presentación en sociedad.

En efecto, hace medio siglo, un jurado integrado por José María Valverde, Carlos Barral, Víctor Seix, José María Castellet y Juan Petit, premió en Barcelona la novela de Vargas Llosa (entonces un joven y escasamente conocido escritor peruano radicado en París) con el premio Biblioteca Breve, a instancias de Barral y por unanimidad. Pero *La ciudad y los perros* no pudo editarse hasta el año siguiente, en 1963, porque tuvo antes que superar los requerimientos de la censura franquista (lo que constituyó una historia que ha sido muy bien documentada), y cuando logró superar los impedimentos que inicialmente la frenaban, entró casi en seguida en la leyenda, por su masiva expansión, la amplia receptividad alcanzada incluso en los niveles críticos y no solo en España, y asimismo porque las reacciones adversas también se pusieron de manifiesto y según algunas versiones hasta llegaron a traducirse con supuesto carácter reivindicatorio en una fogata de ejemplares en el propio Colegio Militar Leoncio Prado de Lima, donde el autor había situado el espacio principal de la peripecia de sus personajes.

En la edición de Seix Barral apareció encartado un pliego impreso en páginas color naranja con un texto cuyo autor, José María Valverde, miembro del jurado, se convirtió de ese modo en el primer y entusiasta promotor público de esta exitosa novela que pronto llamó la atención de miles de lectores, recogió sostenidos elogios de la crítica, y fue traducida a más de treinta lenguas.

Cuando aun circulaba de mano en mano, en condición de inédita y bajo títulos tentativos como *La morada del héroe* o *Los impostores*, el apoyo de amigos resultó decisivo y en particular se destacó el que le prestaron Julio Cortázar y el ya mencionado Barral.

La edición conmemorativa que hoy presentamos en Uruguay con el sello de Alfaguara, fue coordinada por el presidente de la Academia Peruana de la Lengua Española, el profesor, ensayista y poeta Marco Martos, e incorpora muy importantes aportes del ex director de la Real Academia Española, Víctor García de la Concha, de su actual Secretario, Darío Villanueva, del reconocido estudioso peruano José Miguel Oviedo, y de otros especialistas españoles, latinoamericanos y norteamericanos como Javier Cercas, Carlos Garayar, John King, Efraín Kristal. El texto de la novela fue revisado por el propio Vargas Llosa y lo acompañan una bibliografía de referencia elaborada por Miguel Ángel Rodríguez Rea, un glosario de voces y un índice onomástico a cargo de Agustín Panizo y Carlos Domínguez. En síntesis, se trata de la edición adecuada a lo que ya puede considerarse un clásico de la literatura latinoamericana.

Para los uruguayos significa, además, la posibilidad de recuperar un tiempo que tuvo nada menos que a Mario Benedetti, Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal entre los primeros lectores de la novela entre nosotros y los principales augures de quien sería, a lo largo de cincuenta años, una de las personalidades literarias y políticas más dinámicas y controversiales a nivel internacional y encabalgada entre dos siglos.

Al repaso de la repercusión crítica que tuvo *La ciudad y los perros* en Uruguay hace cinco décadas voy a dedicar los siguientes párrafos.

#### El desafío intelectual

Mario Benedetti publicó dos notas sobre la novela en *La Mañana* (12 y 19 de enero de 1964), en la primera de las cuales, después de señalar que “la primera parte (...) es de un realismo casi pintoresquista”, destaca que ya avanzada la historia, hacia la mitad, “el autor instala un hecho trágico (durante unas maniobras de rutina un cadete es herido de muerte) que cambia totalmente el clima de la narración”. Las “evidentes y personales preocupaciones” que Vargas Llosa pone de manifiesto “por el Perú y los peruanos”, reflejadas en el ambiente del Colegio Militar Leoncio Prado, lo acercan, en esa actitud, según Benedetti, a Augusto Roa Bastos y Carlos Fuentes en sus respectivos enfoques narrativos sobre Paraguay el primero y sobre México el segundo, aunque Vargas Llosa, también de acuerdo al crítico uruguayo, “es quizás menos transparente en su compromiso” que los otros dos nombrados. En este aspecto Benedetti explica que el autor de *La ciudad y los perros* “muestra hechos, ilumina intenciones, pero no se pronuncia: el lector será en definitiva quien decida”. Aclara, de inmediato, que no se trata de una “novela fría, distante, desprendida; por el contrario —afirma de modo contundente—,

es uno de los libros más apasionantes y apasionados de la nueva literatura hispanoamericana”.

La condición testimonial es en lo que Benedetti pone énfasis (“Su condición de testigo y hasta de moralista –dice–, le lleva a crear enfoques múltiples y reveladores, pero no a formular un mensaje demasiado explícito”) y de este modo –resistiéndose (“con razón”, sostiene el cronista de *La Mañana*) a hacer de la novela “un alegato”– el compromiso se hace “más hondo, menos superficial”.

Otro vínculo que hace notar Benedetti del peruano es con Julio Cortázar en el “muestrario de las virtudes y los defectos” del que cada uno da cuenta sobre sus países y su gente en espacios confinados y tiempos reducidos (el barco y la excursión transatlántica en *Los premios* del argentino, y el Colegio Militar en *La ciudad y los perros*).

Lo que denomina “el duro” y “porfiado aprendizaje de la crueldad” es también un aspecto que Benedetti subraya y relaciona con la “fuerza literaria” con que se trasmite en la novela, motivo de un análisis más desarrollado en su segunda nota.

En esta segunda nota profundiza sobre uno de los ejes narrativos resumido como “la superstición del machismo, elevada a una imprevisión y máxima potencia”. Miedos, debilidades, bochornos, ignominias, despiadadas ceremonias, actitudes sádicas, comportamientos abyectos, crueles sevicias, ritos humillantes, códigos mafiosos, hipócritas morales se suceden entre la “promiscuidad de soledades” que se concentra en el Colegio Leoncio Prado. El ejercicio del poder bajo implacables leyes por parte de una elite muestra como “entenados o hijos del rigor, todos aplauden el rigor. Pero la novela de Vargas Llosa sirve para desenmascarar la infamia que yace oculta bajo ese mismo rigor”.

Pese a unas pocas objeciones relativas al no siempre sostenido nivel de calidad y a la resolución de algunas situaciones, tras reconocer que “las más estimables virtudes de *La ciudad y los perros* tienen que ver con su ritmo indeclinable, su estilo ceñido, su estructura impecable, pero sobre todo su clima singular”, Benedetti concluye de manera categórica del siguiente modo: “Magistralmente escrita, vigorosa de forma y rica en fondo, con personajes atrozmente vivos, con denuncias no vociferadas pero patentes, esta novela de un joven escritor de Perú es una ejemplar respuesta latinoamericana al desafío intelectual que, en el panorama de las letras actuales, representan ciertas formas raquíticas, tediosas y excesivamente retóricas, de la nueva novela”.

Algunos meses después, Benedetti entrevistó a Vargas Llosa en París y la entrevista se publicó también en *La Mañana* el 10 de julio de 1964.

### Una gran novela

El mismo año en que *La ciudad y los perros* obtuvo el premio Biblioteca Breve, hace medio siglo, Mario Vargas Llosa comenzó a colaborar en el semanario *Marcha* de Montevideo, en cuyas páginas dio a publicidad agudos análisis sobre temas, obras y escritores europeos y latinoamericanos. Vladimir Pozner, Albert Camus, Alain Robbe-Grillet, Sebastián Salazar Bondy, José María Arguedas y Javier Heraud fueron en su mayoría motivo de revisiones y exámenes pormenorizados que, leídos cincuenta años después, siguen aportando atendibles puntos de vista y apropiadas y valiosas acotaciones. A propósito de Salazar Bondy (colaborador también de *Marcha*) y de su libro *Lima, la horrible*, Vargas Llosa señala algo que podría haber aplicado a sí mismo: “es una de las contadas personas que, en un país donde la literatura se suele practicar sin convicción y sin constancia, como un pasatiempo de domingo, ha sabido ser, ante todo, un escritor. Para conseguirlo en otras partes se requiere lealtad hacia la vocación y cierto esfuerzo; en el Perú, además de eso, un silencioso heroísmo”. También lo que apunta sobre Camus en relación con “su prosa seductora, hecha de frases breves y concisas y de furtivas imágenes” es en parte una autoidentificación del mismo modo que cuando afirma que “sus personajes tienen vida, sus novelas y sus dramas son originales porque en ellos esa nebulosa que es nuestra época toma contornos precisos y nos ayudan a conocer mejor al hombre contemporáneo, prisionero del absurdo y la angustia”.

Pese a que estos trabajos permitieron apreciar la destacada dimensión de su capacidad intelectual, sus obras narrativas (*Los jefes*, de 1959, y la entonces recientemente galardonada novela) no se conocían en estas latitudes y de tal situación da prueba un artículo de Ángel Rama (a cargo de las páginas literarias de *Marcha*) sobre Gabriel García Márquez, a quien califica como “uno de los narradores de primera fila de la actual y vigente generación de escritores latinoamericanos, (cuyo) nombre debe citarse junto al de (Augusto) Roa Bastos, Fernando Benítez, Carlos Fuentes, José Donoso, Julio Cortázar, etc. que han operado la renovación de la narrativa del continente” (en *Marcha*, N° 1193, 7 de febrero de 1964). Como se observa, Varga Llosa no figura en esa reducida y selecta nómina o en todo caso, sí, tal vez, en ese esquivo etcétera.

En las mismas páginas del semanario, el 24 de enero de ese año, la librería y editorial Alfa, con sede en la calle Ciudadela al 1389 y distribuidora exclusiva de las ediciones de Seix Barral, publicaba un notorio aviso que no pudo pasar inadvertido bajo el título: “Un impacto literario. / *La Ciudad y los Perros* / por Mario Vargas Llosa” y tras presentarla como “la novela latinoamericana que está mereciendo los elogios de la

crítica más responsable del mundo”, el aviso transcribe un juicio de Julio Cortázar que en lo fundamental define a Mario Vargas Llosa como “implacable testigo del infierno” y de inmediato agrega: “su alucinante experiencia puede ser también fórmula de redención el día en que nuestros pueblos descubran la libertad profunda que espera su hora enterrada al pie de las estatuas ecuestres de las plazas”.

Ángel Rama no se hizo esperar, leyó la novela a fondo y poco antes de un mes, el 21 de febrero, publicó un extenso, entusiasta y productivo artículo titulado: “Una gran novela americana. De cómo sobreviene lo humano”. Además de calificarlo como “libro excepcional”, Rama subraya “el sostenido fervor del narrar, en una soterrada participación emocional que presta respaldo seguro a la peripecia narrativa e impregna la materia que va tejiendo de una vitalidad escandalosa”. También pone el acento en “el esfuerzo de composición sistemático”, testimonio en lo fundamental “de una gravedad de implantación estética moderna”. Una observación estratégica que sitúa al novelista “en un momento en que se diría que los nuevos narradores (latino)americanos recuperan en un nivel distinto, superior, enriquecido por la experiencia vanguardista, el realismo novelesco”, delinea a la vez el esbozo promocional de una generación que proyectó sus creaciones literarias fuera de sus respectivos países y del continente, en los circuitos con más incidencia internacional (algunos nombres reiterativos son convocados una vez más en esta instancia: Roa Bastos, David Viñas, José Donoso, García Márquez, Carlos Fuentes). Por supuesto, como pionero en las radiografías crudas de las nuevas realidades humanas constituidas por el resultado de fenómenos sociales masivos que incluyen ciudades macrocefálicas y anárquicas, seres estratificados y conflictos severos con la naturaleza, no deja de mencionar el ojo clínico e infalible de Juan Carlos Onetti desde *Tierra de nadie* (1942).

Además de hacer notar la lección *sartreana* que Vargas Llosa hace suya en *La ciudad y los perros*, el crítico ahonda su incisiva lectura. Dice: “En un mundo parejamente cruel, sostenido por las urgencias biológicas (y entre ellas primero que nada por la voracidad insaciada del sexo), enmarcado por la incomprensión y las variadas formas de la crueldad de los adultos (sean padres o maestros) el fenómeno sorprendente no es el de la violencia, el de la perversión, el de la destrucción del prójimo –todos ellos son las consecuencias lógicas, previsibles– sino el descubrimiento de ciertos valores sobre los cuales se asienta lo típicamente humano (...) unos vagos valores sobre los cuales se puede articular trabajosamente el concepto de solidaridad de los hombres y el concepto de la justicia”

No obstante objetar que la novela “es quizás demasiado extensa” y que “a partir de la mitad pierde su ordenada construcción”, Rama con-

sidera que todo esto “no afecta ni restringe la lectura apasionada que motiva, ni la excelencia de su escritura”, y que la obra alcanza “un alto lugar” en la narrativa de lengua española y que su autor se ha revelado como un “gran novelista”.

Pocos meses más tarde, en *Marcha* aparecieron dos pasajes de una novela en ciernes de Vargas Llosa, la que sería más tarde *La casa verde*, pasajes presentados con el título “La ciudad y el forastero” (Nº 1217, 7 de agosto de 1964, pp. 7 y 9). Su carrera literaria seguía los pasos seguros hacia su consolidación.

### Con las mandíbulas apretadas

A propósito de lo que denominó, siguiendo una fórmula del peruano Luis Alberto Sánchez, “una sordera intercontinental”, para quejarse de la incomunicación cultural entre los países del continente y de la escasa circulación de libros de autores hispanoamericanos en Uruguay, en una nota publicada en *El País* el 12 de abril de 1964, cuando ya habían llegado a Montevideo ejemplares de *La ciudad y los perros* y la novela se había comentado en medios locales, bajo el título “El sucesor de (Rómulo) Gallegos”, Emir Rodríguez Monegal se ocupó de Gabriel García Márquez, a quien había conocido en México, en casa de Carlos Fuentes, y en esa misma nota mencionó, además de a Fuentes, a Cortázar y a Carpentier pero nada dijo de Vargas Llosa. Habría que esperar dos años más, en oportunidad de la edición de *La Casa Verde*, para que el crítico uruguayo le dedicara un extenso ensayo titulado “Madurez de Vargas Llosa”, en su entonces recién aparecida revista *Mundo Nuevo* (nº 3, París, setiembre de 1966, pp. 62-72), ensayo que incluía en parte una entrevista al autor, recogida unos meses antes en el semanario chileno *Ercilla* (Santiago, 16 de julio de 1966). Esa fue la oportunidad para que Rodríguez Monegal comentara también *La ciudad y los perros*, y sostuviera que en definitiva la novela es “una alegoría real y precisa en sus detalles (...), fanática en la exactitud de sus observaciones, pero al mismo tiempo subordinada a valores que no son los del realismo documental (...)” y apela a “los aportes de la psicología profunda para desentrañar la madeja de frustraciones, amores reprimidos, vínculos sado-masoquistas, perversiones reales o imaginadas que su vasto tema propone”. Pese a vincularlo como tributario de Alain Robbe-Grillet y su tradición narrativa, anota como más importante su visión revisionista de Lima y, en particular, “la maniática, contenida intensidad con que (...) concibe (su) universo claustrofóbico; la ferocidad con que lo explica y el desgarrado amor con que lo denuncia”. Para Rodríguez Monegal, Vargas Llosa (a quien caracteriza “en el fondo” como un “verdadero hidalgo melancólico”), escribió *La ciudad y*

*los perros* “con las mandíbulas apretadas, los ojos tiesos, un desgarramiento interior”, imagen de efecto pero a la vez comunicativa de significación.

### Vargas Llosa en Montevideo

Por su parte, otro activo crítico literario de la época, Ruben Cotelo, que escribía como Rodríguez Monegal en *El País*, se abstuvo de comentar *La Ciudad y los Perros* pero en cambio se ocupó de la edición argentina de *Los jefes* en 1965 y de *La casa verde* cuando fue publicada en 1966.

Ese mismo año, Mario Vargas Llosa visitó por primera vez Montevideo. La recepción en casa de José Pedro Díaz y Amanda Berenguer en Punta Gorda y la foto con Gley Eyherabide y Graciela Mántaras publicada tiempo después en *La historia de la literatura uruguaya. Capítulo Oriental* (1968), son algunos testimonios que dan cuenta de los vínculos del peruano con nuestra ciudad y nuestro país a donde habría de regresar varias veces más, no solo en viajes reiterados sino también en el homenaje que tributó al mayor de los novelistas uruguayos con su libro *El viaje a la ficción. El mundo de Juan Carlos Onetti* (2008).

Y el círculo se cierra con esta edición de *La ciudad y los perros* que hoy presentamos con la mirada de hace cincuenta años y con la de hoy, con la que, esta última, volvemos a introducirnos en el mundo feroz y atormentado del Leoncio Prado, donde el poeta Alberto, el Jaguar, el Esclavo y tantos otros memorables personajes siguen viviendo y vuelven a poner al descubierto —ante nuestra perplejidad o resignación— la compleja, contrastada y violenta urdimbre de la naturaleza humana.